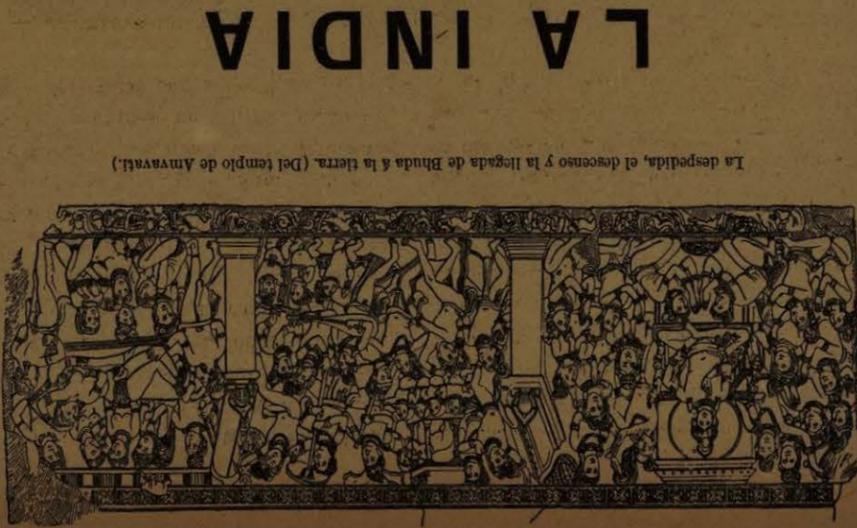


fuerzas para defender a los demás dioses, no era el dios único. Por otra parte, la autoridad de las dinastías siguientes a la vigésima no había dado lo suficiente para que las divinidades que las protegían, heredasen el poderío de la trinidad tebana. El feudalismo divino triunfó en todas partes a la sombra del feudalismo humano. Sin embargo, el sentimiento religioso, no se debilitó al dividirse; al revés, duplicó su intensidad y llegó a ser el único sentimiento común a todo Egipto. Nunca había sido muy fuerte el instinto nacional en los hombres de clase baja. Temiendo que pagar la contribución, lo mismo les daba que la cobraran unos que otros. Los se-

que les quedaba de su pasado.



La despedida, el descenso y la llegada de Bhuda a la tierra. (Del templo de Amwari.)

# LA INDIA

## LIBRO PRIMERO

### HISTORIA PRIMITIVA DEL PUEBLO ARYA-INDIO HASTA LA APARICIÓN DEL BUDHISMO

#### CAPITULO PRIMERO

##### Epoca primitiva de los arya-indios.

El pueblo arya primitivo: el país, su lengua y sus tradiciones.— Los dioses de los antiguos Vedas.— Religión, moralidad y culto exterior de los indios aryas.

Los escritos más antiguos de los indios primitivos; el país, su lengua y sus tradiciones. sólo contienen algunos indicios muy vagos de la patria primitiva de este pueblo. Parece que inmigró de otra región a la India en época remotísima. Sus poetas más antiguas son himnos sagrados, que cuentan los años por inviernos, y esto indica que este pueblo vivió antes en un país más septentrional. Mann, el padre del pueblo aryo, sobrevivió, según una tradición, a un diluvio universal y cuando las aguas bajaron atravesó las montañas que limitaban la India hacia el Norte, donde se hallaba el país de los *uttara-kuru*, o sea de los bienaventurados que vivían libres de toda opresión, sin leyes que coartaran su libertad, rigiéndose por costumbres antiquísimas y libres de invasores, por lo que ningún mortal podía poner los pies en aquel país.

Antes que los germanos se establecieran en la Germania, los griegos en Grecia y los itálicos en Italia; antes que los celtas emigraran al Occidente de Europa y los eslavos al Oriente, creese que todos estos pueblos ocupaban unidos con los iranos é indios una región templada, pero con inviernos crudos, en el centro del Asia, probablemente allí donde nacen los ríos Oxos y Yaxartes, y desde allí se extendieron hacia el Norte y Este.

Creese hoy que este país era la Cachemira, que encerrada en un círculo de altas montañas estaba habitada en época primitiva por un pueblo arya. Estas leyendas y tradiciones son iguales a las de otros pueblos; pero no sucede lo mismo si se compara el aspecto físico de los indios aryas con el de otros habitantes de la India, que son considerados como los autóctonos de aquel país. Los aryas tienen la tez muy clara, mientras los otros la tienen muy oscura, a lo cual se agregan la diferencia completa de lenguas y religión, y la antiquísima civilización de los aryas junto al estado salvaje de los pueblos de color de la India. Además la tradición de aquellos los hace inmigrar de una región de aquéllos los hace inmigrar de una época remotísima. Sus poetas más antiguas son himnos sagrados, que cuentan los años por inviernos, y esto indica que este pueblo vivió antes en un país más septentrional. Mann, el padre del pueblo aryo, sobrevivió, según una tradición, a un diluvio universal y cuando las aguas bajaron atravesó las montañas que limitaban la India hacia el Norte, donde se hallaba el país de los *uttara-kuru*, o sea de los bienaventurados que vivían libres de toda opresión, sin leyes que coartaran su libertad, rigiéndose por costumbres antiquísimas y libres de invasores, por lo que ningún mortal podía poner los pies en aquel país.

Los idiomas de las diferentes tribus, á medida que éstas se aumentaron y se extendieron alejándose unas de otras, constituyeron con el tiempo ramas distintas, pero todos tenían una base común, ó sea: las voces primitivas, los vocablos fundamentales ó raíces, entre los cuales no faltan en ninguno de los idiomas aryas los relativos al invierno, al frío, á la nieve y al hielo. Estas voces y raíces comunes, mejor y más positivamente que todos los monumentos de piedra (si los hubiese de tan remota época, separada de la actual por miles de años) nos



Ruinas del templo de Durga.

revelan el estado de cultura intelectual y social á que habían llegado cuando empezaron á separarse las primeras ramas del tronco común para ir en busca de una nueva patria.

Eran pastores, más ó menos sedentarios según los territorios que habitaban. Las tribus más adelantadas tenían viviendas fijas, construidas de madera, y para sus ganados construían rediles y aun establos cercados. En todas las ramas aryas se reconocían los padres, los esposos, hijos, hijas, hermanos, hermanas y en general los parentescos que forma la familia. Tenían animales domésticos: el caballo y el buey para el transporte y el tiro, vacas, cabras y ovejas, perros para guardar la vivienda y el ganado, y aves domésticas.

Por ruda que fuese la vestimenta, quizás re-

ducida á una ó varias pieles en algunas tribus más atrasadas, conocían ya todos los adornos, y algunas más adelantadas, gastaban collares y ajorcas, otras se pintaban el cuerpo, y conocían una especie de arado, sembrando y consumiendo algunos, granos, que comían tostados, molidos entre piedras por mano de mujer y cocidos en forma de galleta, á la lumbre del hogar. Comían también vegetales ya crudos, ya cocidos en vasijas de barro, y todos los aryas, aun los más rudos y atrasados, conocían la sal, que les servía de condimento, utilizaban

la miel de las abejas silvestres y componían con ella una bebida fermentada, el hidromiel.

La rama que subdividiéndose después pobló la Persia y la India, no se ocupó al parecer ni en la caza ni en la pesca; pero los hombres, para conservar su ganado, que era su riqueza, lucharon contra los animales silvestres y feroces, en unas partes lobos y osos, en otras, leones, para lo cual necesitaban armas, arco y flechas, espadas ó machetes y lanzas, dardos, azagayas y venablos probablemente de madera. El comercio se hacía cambiando mercancía por mercancía; se usaban para los transportes carretas tiradas por caballos ó bueyes, y en los ríos y lagos almadías y barcos movidos á remo. El viajero pacífico recibía hospitalidad. Los miembros de la familia fabricaban todo cuan-

to necesitaban para su uso, y en caso de necesidad las familias vecinas se auxiliaban mutuamente. El padre era el jefe con potestad absoluta, y el cabeza de familia más anciano y más rico en ganado era el individuo considerado en cada agrupación de familias, como juez sentenciador después de consultar á los demás jefes de familia. Cada distrito acataba de la misma manera un jefe común, porque en los escritos más antiguos se mencionan directores, regentes y reyes.

Los indios aryas reconocían el poder superior é irresistible de dioses inmortales, personificados en el sol, en la luna y demás astros, en la aurora, en la lluvia y todos los fenómenos atmosféricos; pero no conocemos la forma en que se les rendía el culto. Parece que en la familia el padre era sacerdote, y en la colectividad el jefe ó rey de la agrupación. Saludaban á la aurora y al astro del día, y por la noche al cielo estrellado, pidiendo su protección para ellos y los suyos. Un profundo sentimiento religioso animaba al pueblo entero, siendo una garantía del orden, de la paz y de la propiedad, y origen de preceptos admitidos como leyes, que regían la conducta privada y pública. Quizás el aumento de la población y las consiguientes rivalidades fueron la causa que indujo primero á ciertas colectividades y después á grandes agrupaciones de los pueblos aryas, más adelantados en civilización, á abandonar sus hogares primitivos y buscar una nueva tierra más anchurosa donde establecerse.

Cuando las últimas ramas aryas habían ya abandonado su patria primitiva en Asia, continuaba todavía unida la que emprendió antes de las demás su emigración, ó sea la irano-india, porque así lo prueba el nombre de aryas que ambos pueblos conservaron y bajo el cual los conocieron todavía los medos y Herodoto, que llama aryas á los habitantes de la Bactriana. También lo prueban sus idiomas, que en su forma más antigua ofrecen mayor analogía entre sí que con todas las demás lenguas aryas, y lo indica la concordancia de los nombres de divinidades, así como de muchos usos y costumbres de ambos pueblos, conforme resulta de sus monumentos literarios más antiguos, los Vedas y el Avesta. El Avesta habla de un rey iranio llamado Yima, hijo de Vivaghvat, y los Vedas de otro rey indio Yama, ijo de Vaivasvant. Ambos representan el fun-

dador de su pueblo, que era inmortal y habitaba un paraíso terrestre, el Yima de los iranos, y celestial, el Yama de los indios. Ambos pueblos, ya en la época más remota, creían en una vida eterna después de la muerte en la tierra, y veneraban y rendían culto á Dios representado por el fuego. Con el tiempo fuéronse diferenciando forzosamente los dos pueblos. Los indios siguieron desarrollando las tradiciones primitivas y comunes, y los iranos ó persas las fueron modificando, dando así lugar á dos religiones distintas.

Tal vez fueron las diferencias religiosas jun-



Templo de Bharkut.

to con el aumento de la población y otras circunstancias materiales, las que causaron la separación del grupo irano-indio en dos pueblos distintos. Lo cierto es que poco ó mucho tiempo antes de la época que engendró los libros Vedas (*Veda* quiere decir *ciencia*) se separaron los dos pueblos, y los aryas, hoy indios, pasaron las cordilleras, el Himalaya occidental y el Hindokú, que separa la cuenca del Oxo del Kabul, por los desfiladeros que utilizaron también más adelante las huestes de casi todos los conquistadores de la India, únicos caminos que permiten el paso á grandes masas con sus ganados y bagajes. Al descender al otro lado de las cordilleras á las llanuras meridionales cruzadas de ríos y arroyos, tuvieron que abrirse paso usando de la fuerza de las armas para re-

chazar á los habitantes autóctonos que ocupaban el territorio de los cinco ríos, ó sea el Punjab, como lo llaman los persas, en el cual estaban ya establecidos estos aryas indios dos mil años antes de nuestra Era. Entonces llamaron ellos á su nueva patria Saptá-Sindu, en el idioma antiguo bactriano Hepta-Hindu, ó sea sea Siete Ríos, de *sapta* y *hepta*, siete, y *sindu* é *hindu*, río, corriente. De esto viene el nombre del río principal de aquella región, el Indo, y como consecuencia el nombre de todo el país, el Indostán.

Pronto prevaleció el nombre persa Punjab, en indio Pancanada, *país de cinco ríos*, refiriéndose al río Sutlej con sus tributarios, que es á su vez afluente oriental del Indo. Este río poderoso nace en un valle profundo, pero frío y cubierto gran parte del año de nieve, al Norte del Himalaya. En este valle es donde las leyendas indias colocan entre otras maravillas la morada y los tesoros del dios de las riquezas Kuberá, y la montaña Káílása, morada de dioses, donde se hallan los lagos sagrados. El Indo, engrosado á cada paso por ríos y torrentes, se dirige entre las cordilleras del Himalaya y de Karakorum hacia el Noroeste, pero al llegar á las estribaciones del Hindukú cambia de dirección, y pasando por entre las elevadísimas montañas Nagnapurvata y Haramosh, toma la del Sur, deslizándose primero con estruendo imponente por barrancos peñascosos, y apenas accesibles hasta precipitarse de salto en salto más abajo de Attok en el llano que atraviesa ensanchando su álveo, con curso más tranquilo hasta desembocar en dirección Sur en el mar. Después de recibir todavía en la parte montuosa las aguas del Cabul por el lado Oeste, sin contar otros afluentes de menor importancia, recoge más abajo, reunidas en uno, las del caudaloso Sutlej, y las de las llamadas *Cinco Hermanas*, cinco ríos que se llaman respectivamente Ielum (Dehelum), Chelum, que recibe las aguas del anterior, Marodovridha, el Vipaçá y el Sutlej. Si á estos cinco ríos se añade el mismo Indo y el Cabul, resultan siete ríos que bañan el Punjab y justifican el nombre primitivo de «País de siete ríos», y autorizan la suposición de que el Indo es el dios Sarasvati, «el caudaloso y benéfico, la mayor de las siete corrientes hermanas, el río que desgajando montañas como el hombre rompe un tallo de loto, y corta la raíz, corre pujante é irresistible desde las montañas al mar, y en cuyas orillas de bello césped viven

pueblos poderosos», como dice un antiguo himno védico. El Indo es el límite occidental del territorio sacro brahmánico.

Posesionados ya los indios aryas del Punjab, extendiéronse hasta el río Jumna, donde una sierra forma la divisoria hidrográfica entre las corrientes que se dirigen al Este y las del Oeste. El límite meridional del Punjab era el desierto de Thar.

El Punjab es uno de los países más feraces de la tierra, pues desde las nevadas cumbres de las altas cordilleras del Norte hasta el límite Sur tiene todas las zonas con su correspondiente vegetación y su fauna. Inmensos bosques de pinos en los que figura el *devadara* (árbol de los dioses); pastos suculentos y dilatados; terrenos que dan todos los cereales y árboles frutales europeos; otros donde se cultiva la vid, y más abajo todas las plantas tropicales. En las regiones altas habita el oso, y en los cañales de bambú y terrenos bajos y pantanosos tienen sus madrigueras tigres, leopardos, panteras, leones y en la parte oriental elefantes. Esta variedad de climas, las muchas corrientes y lo accidentado del terreno fueron causa de que la raza inmigrada se dividiera poco á poco en grupos que se desarrollaron más ó menos independientes por separado unos de otros, y que no constituyeron un imperio unido y poderoso, como tampoco lo habían formado antes de su inmigración.

Los habitantes autóctonos que los aryas rechazaron y que designan los Vedas con el nombre de *dasa* y *dasyn*, eran de color casi negro, de nariz achatada, ojos pequeños y poco rasgados, como los describen también los antiguos persas y griegos. Hablaban un idioma ininteligible para los aryas y tenían costumbres y tradiciones completamente diferentes de las de éstos. Llevaban una vida nómada ó semisedentaria. Rechazados á las regiones montuosas, los que no se sometieron á la condición de esclavos hostilizaron á los inmigrantes, y haciendo salidas en masa atacaron sus lugares defendidos por cercas y los pusieron frecuentemente en terribles apuros. Por eso el nombre de *dasa* ó *dasyn* se hizo equivalente de esclavo, bandido de espíritu maligno, que podía privar á los inmigrantes de la lluvia, cegar las corrientes, y era enemigo de los dioses aryas, mientras el nombre de *arya* adquirió la significación de dueño, de noble y distinguido, de propietario

y protegido del dios Indra y de sus divinidades inferiores, que persiguen á los *dasa*s horribles y rebeldes cargados de oro y de piedras preciosas que encontraban en las entrañas de sus montes. Los Vedas distinguen entre estos *dasynes* algunas tribus, como los *cinyu*, ó sea «los enemigos que desbaratan los sacrificios», los *yasu* ó *raxasa* (gigantes,) los *kikáta*, que «no encienden fuegos sagrados», y los *yadava* ó *yadva*, los descendientes de *Yadu*. Este nombre de *yadava* se aplicaba también como nombre genérico á todas las tribus no aryas. Los himnos más antiguos hablan también de otras tribus como la de los *turva* ó *turvaça*, y mencionan muchos jefes de la raza indígena, que excitaban á los suyos á nuevos ataques para recuperar ó conservar su territorio é independencia. Pero al fin no lograron su deseo y se hubieron de contentar con el papel de raza vencida, inferior y despreciada. Hubo en el primer período de la conquista (cuya duración es imposible fijar) tribus que se sometieron y hasta se amalgamaron con los invasores y ambas partes fusionaron sus cualidades físicas, su religión y costumbres. Muchas volvieron al cabo de cierto tiempo á separarse y á adoptar su vida montaraz reanudando las hostilidades, hasta que al cabo de mucho tiempo se marcaron más las diferencias de razas y clases y quedó la raza indígena definitivamente relegada á la condición de raza inferior, impura y vil.

Una de las tribus que fraternizaron con los aryas fué la ya mencionada de los *yadavas*, cuyo dios *Crishna* fué aceptado en la mitología de los indios aryas como dios protector de los pastores y fundador de dicha tribu de color ó negra, que con esto quedó aceptada en la familia *arya* y en tal concepto ennoblecida. Sin embargo, pasado cierto tiempo volvieron á separarse los *yadavas* de los invasores y de su dios *Indra*, según dice la tradición, por orden de su dios *Crishna*, y hubo nuevas luchas, nuevas aproximaciones y nuevas escisiones.

En los primeros tiempos no existía entre los inmigrantes aryas distinción alguna de categorías, ni preeminencia política ni religiosa. El que por impulso propio y con el consentimiento de los demás acaudillaba un grupo contra los enemigos, funcionaba también como sacerdote en los actos religiosos. Pero el impulso de la religión entusiasmó á unos más que á otros é inspiró himnos y sentencias que expresaron

á su modo en forma más ó menos artística para darles mayor elevación é impresionar más á los oyentes. Pronto adquirieron popularidad estos himnos. El pueblo los aprendió de memoria y en la familia del poeta se conservaron por tradición verbal como un legado sagrado, que excitó la emulación de otros miembros de la misma familia. Así se distinguieron con el tiempo familias de *richi* ó sabios, que procuraron conservar esta distinción apartándose de los habitantes autóctonos como gente impura. A ellas se agregaron otras, y juntas formaron grupos, cuyo santuario común se fué transformando con el tiempo en ciudad sagrada. Esto dió lugar á distinguir familias, y luego castas de poetas, sacerdotes y guerreros, de las cuales los Vedas mencionan muchas cuyos descendientes figuran en familias brahmanas de épocas muy posteriores, y cuyos fundadores han sido divinizados por la tradición.

Todos aquellos himnos (muchos de los cuales datan quizás de cuando los indios aryas estaban todavía en su patria primitiva) forman el monumento más antiguo y más venerando de la sabiduría india, y la parte más antigua de la colección de los *Vedas*, palabra que significa ciencia sagrada. A las colecciones de himnos y sentencias usadas en los sacrificios y demás ceremonias del culto, se agregaron con el tiempo comentarios, instrucciones, reglas, meditaciones y compendios. Todo este material fué dividido en tres grupos, llamados *bráhmána*, *sútra* y *rik*, á los cuales se agregó después un cuarto grupo llamado *atharvan*. Cada uno de estos grupos se divide en tres grados de desarrollo. Los himnos del grupo *rik*, ó sea el *Rig-Veda*, comprenden los más antiguos, porque, según se desprende claramente de su lectura y estudio, datan de una época en la cual no existía todavía ningún culto organizado ni corporaciones sacerdotales, aunque se hacían sacrificios, se veneraban divinidades y se cantaban himnos en su loor. Estos antiquísimos cánticos son la única fuente en que puede buscar el historiador datos para reconstruir la historia primitiva del pueblo indio, hasta que empezó á tomar su religión una forma más concreta y dogmática y dió lugar á la aparición del brahmanismo.

Esta transición que señala un nuevo período en la historia del pueblo indio, se operó unos quince siglos antes de nuestra Era, y unos dos

siglos después empezaron los sabios indios á coleccionar, escribir y reunir toda la ciencia de las generaciones anteriores, ilustrándola con comentarios, enriqueciéndola con nuevos trabajos, clasificando el material inmenso y compendiándolo.

Antes de la época indicada nada se conoce de cierto, pero un monumento se ha conservado en los himnos más antiguos, por los cuales podemos suponer que el pueblo indio arya, gozaba en la remotísima época, en que se compusieron, de un desarrollo intelectual y de un grado de civilización y humanidad que supone largos siglos ó más bien miles de años para efectuarse y que dejan muchísimo atrás los de todas las otras ramas aryas. Aun prescindiendo de las libertades poéticas que puede suponerse se tomaron los autores de estos himnos y de las alteraciones que han sufrido, podemos decir que en general están escritos en el idioma que los indios aryas hablaban cuando los himnos fueron compuestos. Esta lengua antiquísima presenta una estructura, un carácter, una fuerza y un material tan completos y propios que todas las modificaciones y alteraciones no han podido pasar de la superficie ni atacar ninguna parte esencial del idioma. En efecto, el sánscrito, es uno de los más admirables idiomas que se conocen y un testimonio del ingenio, la inteligencia, actividad y robustez del pueblo que lo habló. El idioma revela siempre á qué grado de cultura ha llegado el pueblo que lo habla, así como su carácter, sus conocimientos, su modo de ver las cosas, y nos explica sus usos y costumbres, y aun su historia y la de su religión.

Indica también un gran adelanto intelectual el que un pueblo comprenda y admire la importancia del idioma, y así sucedía entre el pueblo indio-arya, el cual veneraba y glorificaba su lengua (*vak*) en forma de diosa, que según la leyenda fué esposa de Prayâpati, el señor de todas las criaturas, porque nacieron de esta unión.

Las divinidades de los aryas-indios jamás llegaron á tener el carácter bastante definido que la imaginación de los griegos dió en el transcurso del tiempo á las suyas, lo cual indica la índole de cada pueblo. La tendencia del pueblo arya-indio á la meditación, al éxtasis religioso, al ascetismo, fué la que impidió que las divinidades imaginadas por él salieran de su movible vaguedad, y tomaran forma y carácter definitivos formando un Olimpo.

#### Los dioses de los antiguos Vedas.

Los arya-indios llevaron de su país primitivo á su nueva patria el sentimiento religioso innato y profundo que estaba latente en toda la raza. Antes de inventar nombres para designar las fuerzas de la naturaleza debieron de comprender su impotencia frente de ellas y reconocer la existencia de un poder superior al hombre. A este poder lo llamaron *deva*, divinidad. Todo lo grande, rutilante, inaccesible é infinito, les hubo de parecer un ser divino. Desde remota época era Dyaus (Theos, Dios) el dios del cielo, el padre de la creación, y en los Vedas, Prithivi, madre de la tierra. Ambos son, según los himnos más antiguos, los generadores de los dioses y de los hombres; ellos disponen de todo el poder, de toda la sabiduría y son la bondad. Su grandeza y magnificencia son imponderables; les gusta la justicia y ellos solos distribuyen los bienes más preciosos.

El cielo y la tierra divinizados no fueron obstáculos para que Varuna, el rey de las nubes que cubren y ocultan el cielo y los astros, Mitra, el bondadoso dios del sol, Viçvakarma, el que obra en todas partes. Prayâpati, el dueño de todas las criaturas, y otros que al principio representaban acaso sólo ciertas cualidades más ó menos precisas de la fuerza divina, fuesen poco á poco venerados á su vez como dioses. Así Viçvakarma fué imaginado como un ser que mira á todas partes, y para representarle plásticamente se le dieron ojos, orejas, pies y manos en todos los lados, resultando necesariamente un verdadero monstruo como tantos otros que ha producido el arte indio con la más piadosa intención del mundo. Ya en este camino, no hubo límite para el genio religioso y metafísico de los indios en la divinización de las fuerzas naturales y de conceptos; pero por lo mismo todas las creaciones de su fantasía debieron conservar un carácter sumamente vago. Personificaron el infinito en *Aditi*, que es madre de los dioses, á la cual invoca el autor del himno dedicado á esta divinidad tres veces al día, á la madrugada, á medio día y á la puesta del sol; pero nunca fué celebrada sola, sino siempre en unión de sus hijos, cuyo número era grande, si bien sólo se citan algunos, de tres á doce, según los poetas. Los dioses mayores se llamaban también *Aditya*, y se citaban con

preferencia tres, Mitra, Varuna y Aryaman; este último representaba el linaje, la familia al través de los tiempos. Esta unión no impedía que se concibiesen estos hijos como nacidos antes de su madre. Las divinidades que representan el sol, la luna y los astros, no eran para los indios idénticas á estos astros, sino esencias divinas de luz y de vida que conservan y dispensan al mundo ambas cosas; esencias puras, soberanos irresistibles en sus propósitos y efectos, que nunca duermen, que penetran en todas partes y lo ven todo por lejos y oculto que sea, hasta el mal y el bien en el corazón humano. Son enemigos de la mentira y la castigan, mientras dan á los buenos que con su conducta las veneran, luz, victoria, hijos, salud y larga vida. Así los pintan los autores de los antiguos himnos. Varuna es el más poderoso; síguete Mitra, su compañero, auxilio poderoso de los dioses y de los hombres, «cuya grandeza excede á la del cielo, y cuya magnificencia deja atrás todas las de la tierra». Excita al hombre á la actividad y es el rey del día como Varuna lo es de la noche. Mitra es todo bondad y Varuna todo terror; por esto llegó á ser este último en el transcurso del tiempo el genio de la misera vida terrenal y aquél el de las serenas alturas celestes. Ambos, á pesar de representar diversos extremos, van siempre juntos. Cuando domina el uno, el otro no está lejos. Varuna puede ceder á Mitra, y éste puede dejar el campo libre ó apartar á Varuna; de modo que Varuna, apartándose, puede proporcionar al mundo los rayos benéficos del sol, y Mitra, cediendo el puesto á Varuna, puede amontonar las nubes y hacer llover. Ambos son esencias divinas generales y para ambos nada hay oculto; para Varuna, porque su reino es la obscuridad, y para Mitra porque es la luz. Los dos conocen los buenos y malos pensamientos ocultos en el corazón humano. Así los describen y cantan los himnos indios que son en realidad una especie de salmos.

El tercero de los hijos de Aditi, la procreadora de los dioses, es Aryaman, á quien se invocaba siempre en compañía de los otros dos, como genio protector del matrimonio y de la dicha doméstica.

Vas'shta, el jefe y sacerdote enérgico, inflexible é irresistible, superior por su inteligencia, entusiasmo y celo religioso á todos los sacerdotes, jefes y reyes conocidos, canta en uno de sus himnos á Varuna: «Poderoso y sapientísimo es

él, que ha tendido el cielo y colocado la tierra; que ha sembrado el elevadísimo y dilatado firmamento de astros resplandecientes y ha labrado los cimientos de la tierra.»

Omnipresente, autor de todo lo que vive y se mueve, é invisible para todos, le ven, sin embargo, el poeta y los que le veneran, «revestido de su magnífico manto de oro y rodeado de sus mensajeros vigilantes». Poderoso y terrible, castiga la mentira y el engaño, y los delitos de los padres hasta en los hijos, pero también protege á los buenos y perdona los pecados.

Al lado de Varuna, el Urano de la mitología griega, y de Mitra y Aryaman, citan los himnos védicos entre los hijos de Aditi, ó sea de la eternidad, á Bhaga, el protector y alimentador, que como Aryaman favorece el amor y el matrimonio; á Amça, repartidor de bienes, y á Daxa, que representa la energía. A estas divinidades y á otras aún más secundarias cantan los autores de los himnos védicos con la misma exuberancia de lenguaje, atribuyéndoles sumo poder, omnisciencia y bondad infinita.

Varuna sufrió el destino de tantos otros dioses creados por la fantasía humana, pues en el transcurso de los siglos que abarcan los Vedas perdió gran parte de su importancia, mientras otras divinidades subieron y muchas nuevas se introdujeron á medida que el pueblo indio encontró en su nueva patria condiciones de vida nueva, aunque sus principales deseos como pueblo pastoril y agricultor se cifraban en buenos pastos para sus ganados, lluvia y sol para sus campos, auxilio contra sus enemigos, aumento de riqueza y muchos hijos. Para alcanzarlos, dirigían sus himnos á todas las divinidades que su imaginación excitada por el temor y el deseo había creado ó entrevisto; y les ofrecían lo que á ellos mismos más gustaba: pan de harina en forma de tortas, leche cuajada, miel, manteca de vacas derretida que vertían en las llamas del altar, y la bebida fermentada que hacían de una planta llamada *soma*. Los Vedas no hablan de sacrificios cruentos. Estos sólo se mencionan por las poesías y los libros religiosos del período siguiente en que los sacerdotes habían ya sistematizado los cultos. Entonces, además de cabras, ovejas, caballos y bueyes, se sacrificaban también «bípedos», es decir, personas; pero estos últimos sacrificios no se generalizaron y no tardaron en ser suprimidos. En la época á que se refieren

los Vedas no se sacrificaban seres humanos.

Los dioses á quienes los himnos de los Vedas invocan y glorifican más, no son los que hemos citado, sino Agni é Indra. Los himnos más antiguos, los del Rig-Veda, empiezan con uno dedicado á Agni, el dios del fuego (*ignis*) y por consiguiente del hogar y de la familia. Las colecciones de himnos añadidos posteriormente á la primera suelen empezar por uno dedicado á esta divinidad, á la cual los antiguos indios tenían grandísimo cariño, y sin la cual, es decir, sin fuego, no podía haber sacrificio ni hogar.

Indra es la personificación divinizada de la pujanza, del valor y de la fuerza vencedora. Es el dios del trueno y del rayo. Su mayor adversario es Vritra, el espíritu de las nubes, el cual apresa á estas vacas celestiales, cuya leche (el agua pluvial) fecundiza los sembrados. Pero Indra las pone en libertad, arrojando sus rayos contra el espíritu maligno, llamado también serpiente (*Ahi*), y que tiene además otros nombres. La lucha que se entabla es espantosa. Cielo y tierra tiemblan ante el estrépito de los truenos de Indra, cuyos rayos fulgurantes hieren por fin al enemigo maligno y las nubes quedan libres y la lluvia benéfica cae sobre los sedientos campos.

Esta lucha es la vida del dios Indra. Su creación resulta natural en un país montañoso cortado por innumerables barrancos, peñascos gigantescos y cumbres elevadísimas, donde se amontonan las nubes preñadas de electricidad que esperan el choque del rayo para soltar sus aguas y henchir los torrentes secos por los calores estivales. Los truenos son espantosos en estas comarcas, pero las lluvias benéficas que les siguen salvan las cosechas y los ganados, próximos á perecer por falta de pasto. Para obtener este beneficio, el pueblo pastoril y agrícola invocaba á Indra, que también le prestaba auxilio en sus guerras. Por esto le glorificaba, y el dios, para prepararse á la lucha y lanzarse sobre los enemigos con más eficacia, necesitaba también, en opinión de sus adoradores, muchos tragos de *soma*.

Otro Vritra, con el cual tiene que pelear Indra, es Vala, espíritu de las cavernas, que retiene alrededor de sus antros, entre las angosturas de las montañas, las benéficas nubes. Indra lucha naturalmente á favor de sus adoradores, cuyos enemigos son también los suyos. También invocaban los indios su auxilio con-

tra los dasa indígenas, «los negros que no tienen ley ni conocen la justicia». Indra les somete á los «blancos, hijos de Manu», los cuales confían en él, mientras los otros dudan, preguntan: «¿Dónde está el que tan terrible es?», y hasta llegan á negar su existencia. Pero él descarga sus golpes sobre los enemigos y les arrebató cuanto tienen. «¡Confíad, pues, en Indra!» Otras veces los enemigos invocaban al poderoso Indra, indicio de que ya entonces, en tan remota época, lucharon aryas contra aryas, porque el mismo poeta dice en un himno: «A quien invocan las dos huestes colocadas enfrente, cada una á su modo.»

A ninguna otra divinidad veneraban y amaban los primitivos aryas tanto como á Indra, «el único dios—dice el himno—que profesa amor á los mortales, que los auxilia, que derrama á manos llenas sobre ellos los bienes, que aparta las desgracias de aquellos en cuyas casas le presentan ofrendas de soma y leche, y les da en cambio todos los bienes, vacas, caballos, carros, muchos hijos, salud, larga vida y victorias contra sus enemigos». Esto y mucho más cantan los himnos dedicados á glorificar á este dios, y sin embargo, Indra, andando el tiempo, perdió su importancia, quizás porque á causa de sus atributos estaba demasiado próximo al hombre, á quien no siempre podía satisfacer. El indio ya como pastor ó agricultor engañado en sus esperanzas, ya como guerrero herido ó vencido, solía renegar de él y dudar de su existencia. Así resulta de un himno de los más antiguos en que el poeta hace contestar á Indra á los despechados que preguntan: «¿Quién le ha visto? ¿A quién tenemos que enaltecer?» «¡Aquí estoy, mirame, tú que me llamas; mi poder excede al de todos los seres!» Algo semejante se desprende de un pasaje del devotísimo y entusiasta vate, cuando en un himno dice: «Si yo poseyera lo que tú ¡oh Indra! me atraería al cantor poeta y jamás le abandonaría en la miseria. Al que me venerase le daría bienes cada día en cualquiera parte que se hallara, ya que no hay mejor amigo ni padre que tú.»

Aparte las exaltaciones poéticas, las divinidades para los indios aryas no eran en el fondo más que fuerzas inexorables de la naturaleza con las cuales el hombre se encontraba en todas partes, contra las cuales era impotente, en cuya presencia no valían la soberbia ni el reto, y sólo quedaba la sumisión y la súplica. La ima-

ginación sobreexcitada de los poetas personificó estas fuerzas y divinidades; é involuntariamente las humanizó, hasta atribuirles, como otros pueblos sencillos á sus dioses, debilidades y pasiones humanas. Estos poetas hicieron de las regiones celestes un sitio de placeres materiales, conforme ya hemos visto por la afición de Indra al hidromiel indio, ó sea la soma.

A juzgar por los himnos, Indra (nombre que tampoco tiene, ó por lo menos no se ha descubierto todavía, correspondencia en otra lengua arya) era el dios más popular, más poderoso y conocido de cuantos creó la fantasía del pueblo arya-indio. Un compañero de Indra, aficionado como él á la soma, es Váyu ó Vâta, el viento. Pero éste, que quizás sólo es un atributo principal de Indra, nada tenía que ver con los genios de la tempestad, llamados Marutes ó Rudras por su padre Rudra. Grandísimo es el poder de estos genios, que llegan al número de ciento ochenta, ó tres veces sesenta, como dice el himno, y son satélites y auxiliares de Indra. Conmueven ellos la tierra, las montañas, el mundo entero, descujan árboles y arrasan las selvas cuando aparecen con espantoso estrépito en su carro, ataviados de oro, blandiendo rayos y lanzas. Sus moradas son los barrancos más terroríficos, desde donde arrojan sobre la tierra las nubes negras que obscurecen el sol. Ellos son los compañeros de Indra en los combates y participan de la veneración de que éste goza, porque también son bienhechores del hombre, al cual envían la salud con las aguas claras de sus montañas. También son satélites de Indra los gemelos llamados Açvin, especie de Cástor y Pólux, genios benéficos cuyos milagros celebran los himnos, aunque su carácter y cualidades son muy vagos. Llámase Nâsatya y Dasra, y pasaban por ser hijos de la luz del día, de Vivasvant y Saranyu. Su hermana mayor es la rubia Ushas, la Eos ó aurora de los griegos, y su esposa ó desposada es Sûryâ, la hija del dios del sol, que sigue alegre á los hermanos Açvin, cuando adornados con corona de lotos, resplandecientes de juvenil belleza, diestros y robustos, emprenden su curso diurno viniendo de lejos en su carro de oro, de tres ruedas, tirado por cisnes ó corceles alados. Estos hijos del día ahuyentan la obscuridad de la noche, despiertan todo lo que vive á nueva energía y permiten encontrar los remedios que necesitan los enfermos.

Las divinidades que representan la luz están en la mitología india unidas entre sí por un lazo de familia, según la sucesión de los fenómenos á los que personifican. Ushas, la aurora, es hermana de los gemelos Açvin y también de la noche. Ningún pueblo ha celebrado mejor la divinidad representativa de la aurora que los poetas de los himnos védicos. Para ellos es la hija del cielo, resplandeciente y encantadora, que aparece ataviada por su madre con ropaje triunfante, en un carro de luz tirado por flamígeros corceles, una virgen, desposada del dios del sol, esposa y joven que lleva en su seno á Savitar, el cual también es el dios del sol. Cuando ella aparece, derramando el rocío matinal, se levantan las aves de su nido, los hombres de su lecho y los enemigos se ocultan. Otras veces es para los poetas la mujer joven y laboriosa, la primera que abandona el lecho, que abre las puertas diáfanas del cielo, despierta todo lo que tiene vida é impulsa al hombre de sus trabajos; al uno á los placeres, al otro á buscar medro y bienes, fama, poder, dominio; á cada uno á cuidar de sus negocios ó industria y á esforzarse por su manutención. Es la amiga del hombre y de los dioses. Al primero enseña los tesoros que entraña la tierra, y á los segundos les sirve inflamando á Agni, el dios del fuego, para que los mortales puedan ofrecerle sus sacrificios matutinos.

Esto bastará para demostrar la vaguedad de las divinidades aryo-indias y la liber ad con que el pueblo, y en especial los poetas, prodigaban los atributos y poderío más exuberantes, sin limitación y sin pensar siquiera en individualizar cada divinidad por medio de algún atributo exclusivo. Un poeta llamado Kutsa, saluda en un magnífico himno, al dios del sol Sûryâ, que en otros himnos es la hija del dios del sol, y también es Mitra, cuando aparece detrás de Ushas, la aurora. En otro himno matutino se entrega el mismo poeta á una reflexión melancólica sobre la existencia efímera del hombre, hablando de las generaciones que ha alumbrado la aurora, y de las que alumbrará. En todo esto no aparece la menor huella de monoteísmo, si bien todas las divinidades, al través de su gloria, se presentan simplemente como fuerzas y fenómenos de la naturaleza, enlazadas como éstas, y como éstas imposible de aislarse é individualizarse.

Sûryâ, el dios del sol, aparece unas veces